



Digital

@

SWITCH  
in the red  
SUSANA VALLEJO



SWITCH  
in the red

«Las neuronas son como personas: si no interactúan son inútiles; su eficacia depende de la red en la que están integradas. Así que no hay personas incompetentes sino organizaciones ineptas. La organización será eficaz en la medida en que quien la dirija en cada momento sea también quien posea más información.

La organización que permite la máxima eficacia es una red sin centro que va cambiando de jefe: cada decisión la toma el integrante de la red con más información para cada desafío del entorno.»

Henry Markram, neurocientífico  
Director del Instituto de la Mente (Lausana)

**Switch.** *Interruptor. Cambio.*  
*Desvío. Intercambio.*  
*Conmutación. Cambio brusco.*

# OBERTURA

## Alberto Magno atraviesa un túnel de neuronas moribundas

Así que morir es esto.

Hace un rato mi sangre dibujaba un río sobre el césped artificial. Ahora se ha convertido en una charca amarronada que empieza a researse en las orillas. No puedo moverme.

Nada.

Ni un músculo.

Sólo puedo mirar este suelo sobre el que estoy tendido.

Siento un sabor metálico entre los dientes. Tengo frío.

Me estoy muriendo.

Creo que estoy perdiendo la visión lateral. Ya no distingo las lucecitas de la guirnalda que se enroscaba como una serpiente alrededor de la barandilla. Tampoco alcanzo a ver el brécol en las macetas, ni la torre de la iglesia... Estará allá, supongo, sobresaliendo entre un mar de tejados rojizos.

Tengo miedo.

Ayer nos sentíamos los reyes del mundo en esta misma terraza mientras brindábamos por el hundimiento del Muro y hoy me muero.

¡Yó! ¡Joder! ¡He derribado el Muro y me estoy muriendo!

¡Dios! ¿Cuánto tiempo llevo observando este suelo de plástico verde empapado en sangre? ¿Cuánto falta para que vea ese túnel de mierda que dicen?...

Leí, hace mucho, que cuando en el cerebro las neuronas mueren, una a una, nuestra mente lo interpreta como si estuviésemos atravesando un túnel. Pero tan sólo estamos asistiendo a la muerte de nuestras propias neuronas en directo. Vaya espectáculo fascinante. Nuestra propia muerte en directo.

Casi prefiero pensar que es un túnel real. Y que allí, al fondo, en esa luz que dicen que no es ni fría ni caliente, me esperan mis seres queridos.

¿Serán los que realmente ya han muerto o los que selecciona mi cerebro agonizante?

Porque puestos a elegir... Me gustaría encontrarme de nuevo con mi abuelo. Me llevaba de la mano a jugar a los columpios. Mi abuelito...

No. No veo ningún túnel.

Todavía.

Una brisa agradable de primavera acariciaba a la pareja del ático. Estaban sentados sobre unos gruesos cojines de colores chillones.

Frente a ellos el barrio de Gracia se extendía en un incongruente paisaje de casas bajas, muchas de las cuales aún conservaban sus primitivos tejados rojizos. Las superficies brillantes de los paneles solares que cubrían la mayoría de las azoteas permanecían inmóviles y en silencio. De noche desaparecía el omnipresente zumbido que acompañaba su lenta danza diaria en la búsqueda de los rayos del sol.

Gracia era el último superviviente de una ciudad de otros tiempos que los bohemios e intelectuales del siglo pasado habían salvado de la eterna especulación. Ahora el barrio permanecía aislado, diferente, amenazado por los altos edificios de diseño, los rascacielos y las nuevas colmenas.

Barcelona se había desarrollado aprisionada entre la costa y las montañas. Y desde el ático, en las noches más claras, podía adivinarse el mar a la derecha, y al otro lado, el monte que estaba siendo engullido por cientos de lucecillas. Cada una de ellas representaba una nueva construcción que como un ejército de insaciables luciérnagas avanzaba amenazando el Tibidabo, que todavía dominaba la ciudad desde su posición privilegiada.

—¡Enhorabuena! ¡Por nosotros! —la voz de ella resultó mucho más cálida de lo que pretendía.

—¡Por el hundimiento del Muro, por nosotros y por los ausentes! —las dos copas de cristal al chocar produjeron un sonido casi metálico.

La luz de unas pocas estrellas consiguió atravesar la capa de humedad para terminar de decorar una noche turbia y sin luna.

Albert se acomodó sobre los cojines y se acercó un poco más a ella para proponer otro brindis:

—¡Y por los viejos dioses!

—Repelente. No me seas repelente, Alberto Magno

—Present buscó su bebida para honrar a esos dioses que ella nunca había conocido.

Él saboreó las burbujas que estallaban contra el velo de su paladar y cerró los ojos.

El sonido de una campanada se impuso sobre el murmullo de una ciudad que comenzaba a apagarse. Las notas de la antigua grabación reverberaron con dejes metálicos.

Dirigió su mirada hacia la torre de la iglesia y las dos curiosas campanas que permanecían inmóviles. Bajo ellas un reloj de dudoso gusto decimonónico proclamaba orgulloso que ya era medianoche.

—¿Qué vas a hacer con tanta pasta? —ella interrumpió sus pensamientos.

—Largarme. Lejos —echó otro trago—. A uno de los últimos paraísos en la Tierra.

—¿En serio crees que existen, Albert? ¡No me fastidies!

—Todo es cuestión de dinero. Algunos paraísos se pueden comprar —la interrumpió—. Y tengo echado el ojo a uno. Es una islita olvidada en medio de la nada.

Albert se perdió por un momento entre los pensamientos de un futuro que ahora, por fin, se presentaba real y próximo. Respiró profundamente del aire de la noche y dejó caer la posibilidad a la que había dado vueltas.

—Vente conmigo...

Ella contempló con ojos nuevos a su amigo. Y por unos instantes dejó que la idea penetrase en su cerebro y se convirtiese en una perspectiva real.

—Eres único, Alberto Magno... —estuvo tentada de acariciarle como a un niño o a un perro fiel—. No —suspiró al fin—. Ya lo sabes, hay cosas que me atan aquí.

Albert retiró la mirada y la dejó divagar sobre el mar de anacrónicos tejados rojizos y el brécol que comenzaba a tomar forma en las macetas.

Había apostado y había perdido. En el fondo, ya sabía que en ese juego no tenía ninguna oportunidad. De modo que sacó otra carta.

—¿Quieres mi piso? Te puedo dejar mi ático.

Present no pudo evitar que se le escapase una risilla.

—¿Lo dices en serio?...

Albert la miraba con esos ojos tristes que a veces se cubrían con un velo de oscuridad.

—Caramba, lo dices en serio... ¿Pero para qué lo quiero? Ya tengo el mío.

—Para venderlo, claro. Otros matarían por él —afirmó mientras echaba un vistazo alrededor.

—Lo sé. Somos afortunados.

—Somos unos pijos de mierda.

—Perdona, tú eres un repelente pijo de mierda —bromeó ella—. Y te vas a convertir en un repelente dorado de mierda de primera categoría. Yo sólo tuve la suerte de heredar el ático en el momento justo. No pago hipotecas ni tengo que compartir el piso, pero no me olvido de que soy una muerta de hambre, con bonitos trabajos basura de 6:00 a 18:00 por un sueldo miserable, *my darling*.

Albert suspiró y se acomodó en el cojín.

Apoyó su copa sobre el suelo.

Evitó la mirada azul de Present y contempló la terraza. Hacía casi diez años que vivía allí. Habían comenzado una sana relación como vecinos, que después derivó hacia la amistad. Entonces habían tendido un puente, en forma de escalerilla, entre sus respectivos áticos que tan sólo quedaban separados por un murete y una diferencia de apenas metro y medio.

La terraza de Present era la que quedaba más alta. Ella y Sergi, su hijo, habían colocado en la barandilla, unas cuantas Navidades atrás, una guirnalda de *leds* que después, como una serpentina de tonos azules eléctricos, había quedado para siempre enroscada allí, en homenaje a unas fiestas que habían resultado inolvidables. La luz extraña que emitía bañaba el ático de Albert y creaba un conjunto de centelleos irreales sobre el césped artificial que lo alfombraba.

—Echaré de menos esto —Albert hizo un gesto cansado que abarcó las terrazas y la vista de Barcelona—. Te echaré de menos —se atrevió a decir.

Quiso observar el efecto de sus palabras en ella. Y como le ocurría últimamente, quedó atrapado en el profundo azul de su mirada.

Se fijó en las arrugas profundas que marcaban unas eternas ojeras, y en el dibujo en la frente que había fijado un perpetuo ceño fruncido. Volvió a pensar en cómo sería Present si la vida no la hubiera maltratado de aquella manera. Había visto una vieja foto suya *bidi* en la que una preciosa niña rubia sonreía a una cámara y a un futuro que entonces no debía de parecerle amenazador. Alguien había sabido captar en aquella imagen toda la belleza que después la vida arrasó sin piedad.

Present podía tener treinta y ocho o cuarenta y dos años, treinta y cinco o cuarenta y cinco. Nunca le había preguntado su edad. Era una mujer delgada, afortunadamente ya no de un modo tan enfermizo como lo había sido en el pasado. Tenía el cabello rubio, ceniciento, seco, frágil como su sonrisa. De espaldas podría parecer muy atractiva, pero al volverse el rostro de surcos profundos rompía el hechizo creado por una silueta juvenil.

La mirada oscura de Albert acarició la de ella.

La brisa de la noche agitó el toldo que se quejó con un gruñido.

—Te echaré de menos —repitió animado por lo que encontró en sus ojos azules—. No te imaginas cuánto...

El toldo tronó levantado por el viento y Albert cerró los ojos un instante.

*Todo es negro. Oscuro como un secreto.*

*Un túnel de nada.*

*Y al fondo una luz. Ni fría ni caliente. Distinta. Una luz hermosa.*

*Luz.*

*¡El túnel!*

*Así que morir es esto.*